



LA PEÑA DE MARTOS.

ROMANCE HISTÓRICO.

Saliendo del real Alcázar
allá en Palencia una noche,
á D. Juan de Benavides
mano traidora matóle.
El rey D. Fernando el Cuarto,
que de entre todos sus nobles
mas que á nadie á Benavides
le daba de amigo el nombre,
Juró encontrar al cobarde
que con mano aleve y torpe
de las sombras prevalido
la vida arrancara al conde.
Con ánsia mandó buscaran
al asesino en la córte,
y en vano hallarle pensaron
en apartados rincones.
Todo fué inútil, y gente
prendian á troche y moche,
y maltrataban á muchos
por sospecha ó delaciones.
D. Fernando de Palencia
desesperado salióse
para hacer la guerra al moro
sin poder vengar al conde.

* * *

Brillaba la primavera
con pródigos esplendores
tegiendo ricos matices,
bordando prados y montes.

Traje de verde esmeralda
vestia ufanoso el bosque,
y las aves en la umbría
se decian sus amores.
Todo á la paz convidaba,
y al misterioso resorte
del cefirillo impalpable
plácidos murmullos se oyen.
Y á Dios elevan conciertos
sin instrumentos ni voces,
bosques, pensil y praderas,
aves, arroyos y flores.
Mas de natura la calma
turba con frecuencia el hombre,
y á los campestres murmurios
suceden bélicos sonos.
Que en los campos de Alcaudete
los valientes españoles
á los moros amenazan
y estrecho cerco les ponen.
Manda D. Pedro las huestes,
las cuales le reconocen
como infante la prosapia,
como general las dotes.
Que hermano del jóven rey
es D. Pedro, y envíele
delante Fernando Cuarto
con sus soldados mejores.
Pensaba seguirle al punto,



mas le detuvo en la córte
 el desgraciado suceso
 del asesinato innoble.
 Llega á Martos, y sañudo
 dicta perentorias órdenes,
 por lo cual á dos templarios
 en dos calabozos ponen.
 Todo el mundo preguntaba
 cuáles fueron las razones
 que á aprisionar le indujeran
 á los religiosos nobles.
 Pero nadie saber pudo
 las secretas intenciones
 del monarca, y en la villa
 el suceso comentóse.
 D. Pedro de Carvajal
 era de un templario el nombre,
 D. Juan del otro, y hermanos
 eran ambos y ambos jóvenes.
 Los dos yacian dolientes
 en las estrechas prisiones,
 porque los dos eran presa
 de mil secretos temores.
 Acaso presentirian
 sus leales corazones
 alguna desgracia próxima,
 algun infcno desórden.
 Eran valientes, y nunca
 el miedo al valor se impone,
 mas injusto es su proceso
 y la injusticia hace horrores.
 Le mente á veces se avanza
 y del porvenir descubre
 el velo que denso encubre
 penas, lágrimas ó goces.
 Acaso los Carvajales
 previeran en sus rigores
 su porvenir encubierto
 por espesos nubarrones.
 Acaso su mente inquieta
 tiende las alas veloces,
 y lo futuro escudriña
 y tras del mañana corre.
 Y ese mañana á sus ojos
 vela entre densos crespones
 rios de sangre que el suelo
 humeante y rojo ponen.
 La acusacion que les lanzan
 mancha sus limpios blasones

que de asesinos les culpan,
 de asesinos y traidores.
 La muerte de Benavides
 les achaca el rey, que insomne
 no sosegara ni un punto
 desde aquella aciaga noche.
 En vano protestan ellos
 y sus descargos esponen;
 y aplacar al rey pretenden
 los villanos y los nobles.
 Y aunque la causa formada
 ninguna luz de sí arroje,
 y aunque nieguen el delito
 y su inocencia pregonen:
 Manda el rey que despeñados
 mueran los justos varones,
 amenazando sombrío
 al que por ellos abogue.
 Día triste fué aquel día
 que presagiaba dolores
 para los nobles templarios
 que encierra negruzca torre.
 Al empuje del llavero
 cedan los ferrados robles,
 y que el momento es llegado
 los dos Carvajales oyen.
 Ya del levadizo puente
 chillan los mohosos goznes
 y resuenan en la plaza
 sentidas exclamaciones.
 Y lúgubres los clarines
 el éter potentes rompen
 y hácia la Peña de Martos
 van mugeres, niños y hombres.
 Y en medio los Carvajales
 diciendo á la gente á voces:
 «que mueren injustamente,
 pues culpa en sí no conocen.
 Que tuerto se les hacía,
 pues ellos de sus mayores,
 siempre respetar supieron
 las gloriosas tradiciones.
 Que su inocencia ponian
 ante Dios que rige el orbe
 y ante los cielos y el mundo
 y ante la cruz de su órden.
 Y que ya que el rey Fernando
 sordo estaba á sus clamores
 y á sus descargos sinceros



y á sus fundadas razones:
 Los dos juntos le emplazaban
 ante el Dios que al justo acoje,
 para de allí á treinta dias
 á contarse desde entonces.
 Y ya á la peña llegados
 se cumplen del rey las órdenes...
 ¡Ya en el fondo del abismo
 yacen sin vida dos hombres!

* * *

El Rey D. Fernando Cuarto
 de Martos despues salióse
 sin que el mas leve recelo
 de temor al rostro asome.
 Llegó cerca de Alcaudete
 donde sus bravas legiones
 tenian en grave apuro
 al moro, que el muro esconde.
 Mas de repente le dieron
 unos agudos dolores
 que por momentos le postran
 porque sus nervios le encojen.
 Tras prolongado reposo
 se consigue que el rey logre
 que la importuna dolencia
 el cuerpo rógio abandone.
 De los negocios se ocupa
 y de que pronto se tome
 la villa que la morisma
 ganara á los españoles.
 Mas la dolencia terrible
 que prosapias no conoce,
 torna y su cabeza turba,
 y ni vé, ni siente, ni oye.
 Fuéle forzoso á Jaen
 dar la vuelta, cuando oyóse
 que los moros pretendian
 rendirse con condiciones.
 Pero su mal agravado
 al punto á marchar forzóle,
 impidiéndole batirse
 cual al rey le corresponde.
 Llegado á Jaen, sus males
 tomaron mas proporciones,
 y abandonó los negocios
 y á su enfermedad rindióse.
 Pasaba dias muy malos
 y otros pasaba mejores,
 y en vano de pié ó tendido

buscaba mil distracciones.
 Todo le cansaba al punto;
 solo una cosa alegróle,
 y fué el saber que Alcaudete
 fué tomado por sus peones.
 Al saber esta noticia
 su enfermedad alivióse,
 y un escelente apetito
 casi de repente entróle.
 Siéntase el rey á la mesa,
 y entre escelentes licores,
 y suculentos manjares
 con gran apetito come.
 Y luego entrando en su cámara
 en ancho lecho tendióse,
 y el sueño cerró sus párpados
 y quedó tranquilo é inmoble.
 A caso entonces soñaba
 en planes conquistadores,
 y en unir villas á villas
 y en asaltar murallones.
 Que el sueño nos reproduce
 con frecuencia lo que el hombre
 ó ardientemente desea
 ó lo que es fuerza que logre.
 Era jueves, siete dias
 del mes de Setiembre corren,
 y el año de estos sucesos
 era el mil trescientos doce.
 Treinta dias hoy se cumplen
 desde aquel en que dos nobles
 y templarios caballeros
 manda el rey de un tajo arrojen.
 ¡Treinta dias! pobre rey,
 que yace en muelles colchones
 soñando glorias y oyendo
 los clarines y atambores.
 ¡Pobre rey, que fué emplazado
 y oyó impávido las voces
 de dos hombres que inocentes
 á su justicia se acojen!

En su lecho está Fernando
 y abre dos ojos enormes,
 y sus ardientes pupilas
 su cuarto ansiosas recorren.
 Y ya las fija medroso
 en los anchos cortinones
 que de la cornisa penden



mostrando bellas labores:
 O ya las clava en el muro,
 y sus músculos temblones
 hacen trepidar su lecho
 lanzando tristes rumores.
 Ya los cabellos se mesa,
 y con violencia coje
 de la sábana el encaje
 que entre sus dedos se rompe.
 Ya al cogin se agarra ansioso
 cual pretendiendo que estorbe
 que alguien á tocarle alcance,
 que alguien á su cuerpo ose.
 Ya su flaca mano tiende
 cual si caridad implore,
 ó ya airado y furibundo
 se abraza á vision informe.
 ¡Pobre rey! que has olvidado
 que Dios es justo y escoje
 segun la pena el castigo....
 y tu culpa es muy enorme.
 ¡Pobre rey! que la justicia
 hollaste, siendo tu norte
 aplacar de tu impotencia
 la soberbia que corroe.
 Hoy ha llegado tu hora,
 y tu conciencia antepone
 su deber á tu reposo,
 y es fuerza que te destroce.
 Que hoy de tu crimen asoman
 á tu alma los temores,
 y has buscado á tu conciencia
 dos verdugos que la azoten.
 Quizá despierto contemples
 dos espectros vengadores,
 que envuelve cruzado manto
 sus lastimadas facciones.
 Y de las cruces rojizas
 fatídicos resplandores
 irradian hasta tu mente
 soberbia, cobarde y torpe.

Y en tu cabeza retumban
 del pueblo las maldiciones,
 y el terrible emplazamiento
 cuyo plazo ansioso corre.
 ¡Pobre rey! quizá luchando
 consigo mismo, dos voces
 oye que le están diciendo:
 «¡treinta dias! ¡treinta, oyes!»
 Pues el infeliz monarca
 se retuerce entre dolores,
 y una lividez mortal
 se estiende por sus facciones.
 Y su frente juvenil
 marcan arrugas precoces,
 y centellean sus ojos
 fijos, brillantes, inmóviles.
 En vano lucha, y en vano
 se retuerce el régio jóven,
 que allí do sus ojos vuelve
 allí las sombras se ponen.
 De nada sirve que oculte
 su rostro ó que se incorpore,
 que fijos tiene en su mente
 remordimientos atroces.
 Al fin rendido se tiende
 y nada en redor se oye,
 solo un cuerpo sobre el lecho
 yace ya sin alma entonces.
 Así murió aquel monarca
 que en sus injustos furores
 solo escuchó á la soberbia
 que es verdugo de los hombres.

*
*

Dios es justo, y aquí veis,
 mis complacientes lectores,
 que Dios castiga al soberbio
 aunque su frente corone.
 Nadie abuse aquí en la tierra
 de los celestiales dones,
 que el poder de Dios alcanza
 al rey, al rico y al pobre.

LISARDO.